

MS 385
1023/1264
C.1

Jueves 8 de Febrero de 1923

NO QUEDAN DE ESOS

Con motivo de un hecho, no muy reciente, pero de gran actualidad, la abdicación de O'Higgins, se ha producido una vibrante polémica entre don Pedro N. Cruz y Victor Noir.

La idiosincracia de ambos escritores da un interés particular al enterevero.

Estudioso, sereno y preciso, el primero, imaginativo, fogoso y fulgurante el segundo, la discusión parece un duelo a muerte entre la realidad y la poesía, los hechos y las palabras, la historia y la leyenda.

Patriotas ambos, cada cual entiende a su modo el patriotismo. Don Pedro N. Cruz ve a través del héroe al gobernante cuyos actos caen en el dominio de la crítica. Victor Noir, por el contrario, ve a través del gobernante al héroe inexpugnable a todo sentimiento que que no sea de gratitud y admiración.

Se comprende que los dos comentadores no lleguen a entenderse acerca de si fué el sentido práctico o la abnegación lo que decidió a O'Higgins a abdicar de su cargo.

Por mi parte, y declarando previamente, para evitar toda suposición de Victor Noir, que sólo me ligan motivos de agradecimiento con el prócer que, a petición de una abuela, desterró a un canónigo que se había permitido censurarle su toilette un tanto escotada, creo que el mérito de O'Higgins, en cuanto gobernante, consiste en el hecho mismo de su abdicación, cualesquiera que fueran los motivos que lo indujeron a hacerla.

Si el 28 de Enero de 1823, los amigos de O'Higgins celebraron su valor ante una asamblea adversa, su energía para imponer la disciplina a las tropas vacilantes, su frase cálida y patriótica y su arranque viril al deponer la banda, el público de 1923 aplaude el acto, natural en aquel tiempo, pero insólito ahora, de un mandatario que ve que está de sobra y que renuncia.

Pudo el prócer intentar muchos recursos antes de decidirse a abandonar las riendas del poder.

Pudo, teniendo en sus manos el erario nacional, crear albergues para los menesterosos y arrojarlos en seguida en contra del respetable vecindario que censuraba su gobierno; pudo salir a la calle y prometer al pueblo una era de prosperidad sin límites; pudo situarse en un balcón y culpar desde allí al Congreso de todas las desgracias que aquejaban al país; pudo crear una sección de informaciones para desacreditar a sus adversarios políticos; pudo distraer la atención pública presentando un proyecto destinado a perder el 10% del territorio nacional y el 10% de la renta de todos los ciudadanos; pudo, en fin, lanzarse a la plaza y amenazar de bofetadas y abrazar llorando a alguno de sus ministros, y prorrumpir en injurias y hacer cualquier extraña escena para divertimento o escándalo de sus conciudadanos. Pero no hizo nada de eso: era O'Higgins y renunció simplemente.

Ahora no hay hombres como O'Higgins.

Por eso el público de 1923, recuerda con tanta admiración y entusiasmo el 28 de Enero de 1823.

P.